

Tampoco a mí me gusta

Javier Rodríguez Marcos

(Elogio adolescente de la lectura)

Día Mundial del libro · 23 de abril de 2004
Plan de Fomento de la Lectura en Extremadura

Tampoco a mí me gusta

Javier Rodríguez Marcos

(Elogio adolescente de la lectura)

En todas las infancias hay una tía soltera. En la mía había dos. Por eso desconfío de los elogios de la buena conducta, porque detrás de toda tía soltera siempre hay un consejo que nadie le ha pedido pero que se repite, pero que se repite. El de aquellas tías mías era: “No llegarás a nada. Lee, muchacho”. Por supuesto, lo último en lo que piensa alguien a los catorce años es en seguir de cerca los consejos de nadie. Como mucho, de lejos, por encima del hombro, desconfiando. El mundo es suyo y suya es la sabiduría que cabe en su ignorancia.

A mí tampoco me gustaba leer. Ya lo han adivinado. Recuerdo aquellos días. Los recuerdo porque yo era feliz. Tenía catorce años, dicho queda. Leer me parecía, como poco, aburrido. Era lento, pesado, interminable, inútil. Todavía sigue pareciéndome inútil. La vida no es mejor, pero es más ancha ahora. Eso quería decir. Feliz, catorce años. Un final repentino del verano. Nada que hacer. Un libro despistado. La suerte estaba echada. Desde entonces no hay día en que no me pregunte: ¿Por qué leer?

Leer no hace mejor las cosas, hay que decirlo pronto, pero mejora mucho, valiente paradoja nuestra vista casada, nuestra visión del mundo. Leer es una forma de ensanchar nuestro asombro. Y el asombro no es más que la forma más grande que existe de estar vivo. Es una garantía contra el aburrimiento, contra la prepotencia, contra la pobre creencia de que todo está en deuda con nuestros grandes méritos. “Que nadie es más que otro si no hace más que otro”, dice, sabio, el Quijote.

Un libro es un depósito de momentos felices, un lugar donde la vida es justa, un refugio. La emoción es refugio, la memoria, también. No otra cosa es un libro: emoción y memoria. Alguien dijo que un hombre que hubiera vivido un solo día en libertad habría atesorado recuerdos suficientes para pasar el resto de su vida en la cárcel. A veces pienso en situaciones extremas. No en bibliotecas cómodas llenas de libros nuevos. Pienso en un hombre solo y en un solo libro. Ni siquiera en un libro: en su recuerdo apenas. A eso me refiero cuando hablo de refugio. ¿No lo es, en medio de lo peor del día, el recuerdo de los días felices? Eso es también un libro. El lugar en el que alguien ha escrito que nunca estamos solos.

Un partido de fútbol –recuerdo todavía de aquel verano de los catorce años- es mucho más intenso cuando uno conoce las reglas, la estrategia, el nombre de algunos jugadores. Pues bien, los libros

también tienen un poco de instrucciones de uso de la vida. No dicen, por supuesto, cómo hay que vivirla, sólo nos hacen libres para montar las piezas de este rompecabezas gratuito e impagable, vertiginoso como un salto mortal.

A veces las palabras más llenas de sentido son también las más vanas. Libertad, eso dije. ¿Por qué leer, en fin? Porque nos hace libres. Libres para saber que nuestra vida es nuestra. Para saber también que no toda la gente ha tenido la misma suerte que tuvimos nosotros. Para saber que esa suerte imprevista no nos hace mejores. Ni complejo ni orgullo: instrucciones para ponerse un tiempo en los huesos de otro, en la piel de cualquiera.

Valgan grandes palabras por grandes ocasiones: compasión.

Leer sirve de poco si no sirve a la vida. Hay eruditos para los que diez mil libros no son más que una cifra. Sabio es el que transforma un dato en una idea para volverlo humano. Por eso toda biblioteca es antes un taller que un almacén, más viña que bodega.

“Tampoco a mí me gusta / pero al leerla / con absoluto desprecio / encontramos, al fin, / sitio para lo auténtico”. Así habla Marianne Moore en un poema titulado “Poesía”. A veces pienso, y pienso en el escándalo que sería para mis tías, que a los libros les conviene un poco de desprecio. Una lectura sin hacer concesiones. Es allí donde dan sus frutos más cuajados.

¿Por qué leer? La pregunta persiste.

Porque nos hace humanos. Y libres, compasivos. Y felices a veces. Y porque en ocasiones tampoco cuesta tanto, por más que cueste un mundo, dar la razón a nuestras tías solteras.